

JORDI VENTURA

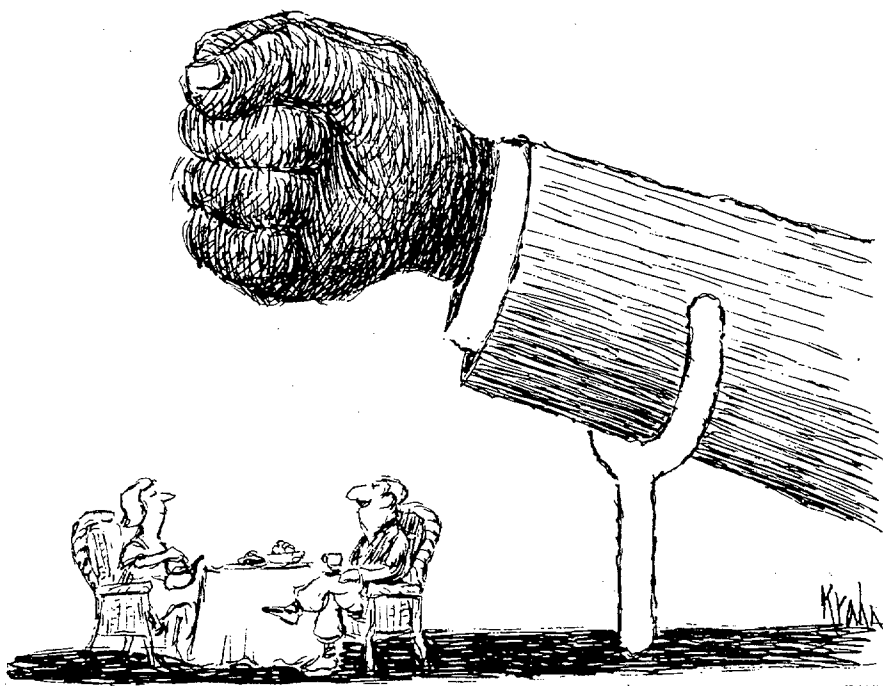
“Apartheid”

Desconocedores, en su mayor parte, de la realidad del “apartheid” y, con ella, de la gravedad y la esencia de lo que está verdaderamente en juego en Sudáfrica; tetanizados por la revelación—muy tardía—del totalitarismo comunista, los intelectuales “progresistas” no parecen llegar a percibir correctamente ni a comprender un conflicto que no encaja con su obsesión por los esquemas dados una vez por todas y de los que ahora se ven obligados a despojarse. En mi opinión, el “apartheid” funciona como una pantalla que sirve para esconder, a los ojos de los blancos, la realidad del África del Sur negra y, además, para proyectar sus temores y sus fantasmas, con desprecio por una realidad más sutil y más compleja. Lo cierto es que el Congreso Nacional Africano es un grupo francamente nacionalista, además de la formación política más antigua del país. Creado en 1912, nunca ha hecho otra cosa sino defender para los suyos lo que es su derecho político inalienable: el de vivir en su propio país, pronunciarse sobre su propio destino y tomar parte directa en la gestión de sus asuntos. Aun cuando los blancos, minoritarios pero predominantes, quieran fingir que esto suena a revolucionario o a terrorista, lo que los zulúes-sutos y los khoisan desean es dirigir por su cuenta el futuro del país en el que son autóctonos, aunque la presencia de los blancos (más exactamente, neerlandeses “afrikaners” e ingleses) con sus más de cinco millones resulte ya masiva, y a pesar de que se haya podido extender a lo largo de varios siglos.

Éste es el derecho fundamental de los pueblos, válido desde luego en todos los climas y todas las latitudes; derecho supremo que, en buena ley, ha de prevalecer por encima de cualesquiera voluntades deformadas por los aparatos estatales, a lo largo de decenios y más decenios.

El “apartheid” (sesenta leyes instauradoras,

JORDI VENTURA, profesor del Departamento de Historia Románica de la UB



TODOS COINCIDEN
en resaltar la talla
y la inteligencia de Mandela,
así como su autoridad
de dirigente autóctono

con unas dos mil disposiciones resultantes y casi otros tantos reglamentos para hacerlas cumplir) es el instrumento racista de un estado “de derecho”, instituido para negarles a unos pueblos su derecho nacional. Así, pues, no ha de resultar fácil la puesta en marcha de una solución real a sus problemas. Más allá de su abolición y de la formulación casi mítica de “cada persona, un voto”, yace la necesidad, y el riesgo, de un invento histórico necesario, que es lisa y llanamente el de una democracia plurinacional. Con la trampa, hoy todavía puesta, de una confederación. O sea, en primer lugar, de una partición del país siempre calculada de tal modo que no satisfaga las exigen-

cias de la democracia real. Mientras, lo más probable será que los esfuerzos y las componendas de los políticos hoy en el poder no lleguen a resolver, por sí mismas, las inmensas dificultades que el nacionalismo del pueblo dominante habrá legado al futuro gobierno de un África del Sur liberada. Pensemos, si no, en las dimensiones inquietantes de los problemas de vivienda y de urbanización, de desarrollo rural y de educación; en las centenas de millares de negros que hoy se hallan empleados en el aparato del Estado y sus múltiples ramificaciones paralelas; en las divisiones sistemáticamente mantenidas, suscitadas, instituidas, por el régimen, no tan sólo entre las diversas fracciones de las etnias, sino, además, entre las capas sociales negras o mestizas, con sutiles separaciones.

Mientras llega el día—todavía lejano—de la justicia étnico-nacional, la única esperanza que tiene Sudáfrica de evitar unos conflictos, masivamente sangrientos, reside en la sagacidad y el heroísmo cotidianos de los militantes negros y de un puñado de políticos blancos. Hasta ahora todos coinciden en resaltar la talla y la inteligencia de Mandela, dedicado ante todo a reafirmar entre los suyos su autoridad y su estatura de dirigente autóctono. Y es a la luz de este hecho que conviene considerar las declaraciones que ha hecho últimamente y sus saludos cordiales, a derecha y a izquierda. No olvidemos que, en 1990, los negros de África del Sur tienen menos libertad cívica que en 1960, cuando culminó el “apartheid”, y mucha menos ciertamente que en 1948, cuando los votos de los blancos hicieron triunfar las doctrinas del sistema.

Hoy, más que nunca, les conviene a los hombres del CNA conseguir, al coste que sea, imponer su autoridad para que el país no pase a sangre y fuego. No olvidemos que el Gobierno del sistema actual es fuerte, representa a una minoría numerosa y sus defensores están suficientemente bien armados y entrenados para poder sostener una posible, aunque hipotética, guerra de resistencia a ultranza. ●

X, Y, Z

ALFONSO VIGNAU

Mediado ya el decenio de los sesenta, era común en las escuelas de negocios que empezaban a proliferar en Europa referirse a la teoría X en contraste con la teoría Y, así como a la resistencia al cambio del elemento humano de las empresas. A orillas del lago Lemán, en IMEDE, una fundación de Nestlé Alimentaria con el patrocinio de la Universidad de Lausana, ejecutivos de todo el mundo occidental, aleccionados por un sólido plantel de profesores de Harvard, empezaban a interrogarse ya sobre cuestiones como el marketing, la vigencia del taylorismo y la teoría X (que se basaba en creer que los asalariados en general eran un hatajo de díscolos y vagos sólo susceptibles de ser oportunamente controlados y supervisados) y su reciente superación por la teoría Y divulgada por McGregor, que en un libro fundamental, aparecido a principios del decenio, propugnaba la revolucionaria tesis de

LA TEORÍA “Y”

era al mundo

de la empresa lo que
la tesis del buen salvaje
había sido a la política

que el obrero era un ser de por sí disciplinado y trabajador, que más que controles necesitaba estímulos e incentivos. La nueva doctrina rusioniana del buen salvaje, en suma, aplicada al mundo de las relaciones industriales.

No han pasado treinta años de esto, Señor. Los japoneses iban todavía a IMEDE a aprender las técnicas de dirección de empresas vía Harvard. Uno de ellos, por cierto, era el hijo del almirante Yamamoto. Y ya algunos países de la Europa del Este, como Hungría y Rumania, se planteaban las formas de ir saliendo del túnel hacia la economía de mercado...

Traigo estos recuerdos a colación estimulado por la polémica sobre la misteriosa identidad del señor Z que escribió un artículo de 50 folios en la revista “Daedalus” y que “La Vanguardia” publicó en extracto, en el que se aconseja a Estados Unidos no ayudar a Gorbachev en sus reformas. ¿Preceden en EE. UU. las teorías gerenciales de sus famosas e influyentes facultades de administración y dirección de empresas a las grandes formulaciones políticas como el “containment”, la distensión o la coexistencia? Lo cierto es que cuando la teoría Y de McGregor se divulgó en 1960, la tesis de la guerra fría, que contribuyó a formular en 1947 el famoso artículo de Kennan en “Foreign Affairs” sobre los orígenes de la conducta soviética, estaba ya sometida a discusión. ¿Fue sólo una casualidad que Kennan firmase su artículo como Mr X en unos momentos en que la doctrina de la contención, que se estrenaría en la guerra de Corea, se emparejaba en el mundo de las relaciones laborales con los últimos coletazos de la famosa teoría X? Luego vendrían los sincretismos Z, tanto en el campo de la organización de las empresas con la fórmula japonesa de los setenta—que divulgaría, entre otros, Ouchy— como en el de la distensión internacional.

Cuando la “perestroika” y la “glasnost” empresarial van por delante de las reformas políticas o se acompañan a ellas—como sucedió en EE. UU. y en Japón—, el resultado es la estabilidad. Cuando van a remolque del cambio político—pudiendo haberlo precedido, como comprobamos algunos españoles en IMEDE—, el resultado, a la larga, puede ser más preocupante. ●

Residuos en la Conca de Barberà

ARMAND PUIG I TÀRRECH

Hace unas cuantas semanas fue aprobado el llamado Pla de Residus Industrials que prevé la instalación de diversas plantas de tratamiento de residuos y la construcción de algunos vertederos industriales. El crecimiento industrial de Cataluña en estos últimos años exige una regulación y una vigilancia de los procesos productivos de las industrias químicas y de las repercusiones de estos procesos en el medio ambiente y en los núcleos de población. Es, pues, absolutamente necesario que exista un plan de residuos. Este extremo no lo discute nadie ni en la Conca ni en el Alt Camp ni en ninguna comarca catalana: los residuos industriales no dejarán de existir mientras haya industria y, por otra parte, los vertederos ilegales deben ser controlados en beneficio de todos. El país no puede convertirse en una gran cloaca que desagüe en el Mediterráneo.

Una vez ha sido aprobado el mencionado plan, han empezado protestas duras y hasta violentas. En la Conca de Barberà, afectada por el proyectado vertedero de Forès, estas protestas han sido motivadas en buena parte por lo que podríamos llamar factor humano. Es decir, por la falta de diálogo con las instituciones comarcales (sobre todo los

ayuntamientos), por el convencimiento de los habitantes de la Conca de que el vertedero podía poner en peligro el futuro de la comarca, y por un cierto sentimiento de impotencia ante una decisión que de entrada parecía no negociable.

El factor humano es muy importante como tal, y no sólo por táctica, sino por justicia y equidad. Aunque sea cierto que debemos preguntarnos por lo que conviene a todo el país, también es cierto que debemos preguntarnos por los intereses de las partes y elementos que lo forman. Esta cuestión no es indiferente en el caso que nos ocupa. La Conca es una comarca con una población de unas 20.000 personas, de mentalidad y características rurales. Había sido una comarca totalmente agrícola y bastante poblada (30.000 habitantes hace cien años), pero actualmente los recursos proceden en parte de la agricultura y en parte de la industria. Ésta se concentra en Montblanc y l'Espluga de Francolí, que agrupan entre las dos la mitad de la población de la comarca. Últimamente se han hecho esfuerzos para conseguir la comercialización competitiva de los vinos con la obtención de la denominación de origen hace un par de meses. Algunos de los pueblos más activos en este proceso son también los más afectados por el proyecto de Forès. Por ejemplo, Sarral y Rocafort han iniciado la creación de plantas de elaboración de cava en sendas cooperativas impulsadas por todos los ve-

cinos. También son importantes las cooperativas de Barberà y Pira, todas ellas de fuerte implantación. Por otra parte, los fabricantes de vinos y cava del Penedès compran uva en la Conca e incluso han adquirido o arrendado propiedades para plantar cepas de calidad. Si bien es cierto que la aprobación del Consell Executiu admite alegaciones, es innega-

PREGUNTÉMONOS

por lo que conviene
a todo el país,
pero también por los
intereses de las partes

ble que se ha recibido una decisión que ha sorprendido y que ha llegado por sorpresa. El sentimiento de haber sido olvidados en el momento de las decisiones que afectaban de lleno la vida de la comarca ha dominado el tema y a buen seguro ha impedido una reflexión en calma y serena.

En la edición de “La Vanguardia” del 12 de febrero, Luis Foix, director adjunto de este periódico y persona vinculada con la Vall del Corb, tan próxima a Forès, escribía un artículo titulado “Barcelona y la Conca”. Su tesis, expresada con sus mismas palabras, era la siguiente: “Un desequilibrio grave entre ciudad y

campo, entre una Barcelona potente y fuerte y una Cataluña rural cada vez con mayores problemas para subirse al carro del progreso”. Referirse a dos Cataluña es poner sobre la mesa una diferencia de mentalidad que se traduce en una diversidad de intereses y necesidades. En las comarcas los problemas nunca son teóricos, y por lo tanto difícilmente se resuelven desde las mesas de los despachos. La gente quiere ver y entender las propuestas.

Después de las imágenes ofrecidas con lo sucedido en Montblanc el día 5 de febrero con motivo de la visita del conseller Molins, muchos se habrán preguntado si la Conca es una comarca particularmente violenta. La violencia siempre es censurable. La mejor arma para luchar contra ella es el diálogo, la negociación que busca con sinceridad las soluciones justas. Mosén Josep M. Cabré, párroco de Santa Coloma de Queralt, escribió hace pocos días: “No podemos estar de acuerdo con insultos, amenazas o cualquier tipo de coacción violenta, aunque sabemos que no es nada fácil dominar ciertos impulsos pasionales cuando los ánimos están excitados”.

El único camino posible pasa por el diálogo planteado desde la flexibilidad de las propias posturas con el objetivo de conseguir una solución que tenga en cuenta los intereses comunes. Esperemos, pues, que para bien de todos se escoja la vía del diálogo en un tema que ha afectado profundamente a la Conca. ●

ARMAND PUIG I TÀRRECH,
párroco de Lilla (Conca de Barberà)